

11. Darse por enterado

Nada hay más poderoso
que una idea
a la que ha llegado su momento.

Víctor Hugo

Cuenta un viejo relato cómo en unos días de intensa lluvia se produjeron unas inundaciones importantes, como consecuencia del desbordamiento de un gran río. El nivel del agua fue subiendo sin parar. Los sistemas de emergencia de la región pusieron en marcha todos los operativos de salvamento disponibles.

Una de las lanchas se detuvo a la puerta de un caserío y exhortó al aldeano que allí se encontraba para que abandonara cuanto antes su vivienda, pues el agua estaba alcanzando ya el nivel de su puerta de entrada. Pero el aldeano les dijo: "No, no; id a por otros, que a mí me salvará la Providencia".

Pasaron unas horas, y el agua llegaba hasta la altura del piso superior de la casa del aldeano. Apareció una segunda lancha de salvamento, pero el hombre volvió a decirles lo mismo.

Tuvo suerte, porque cuando el agua llegaba al nivel del tejado, y aquel hombre estaba sentado sobre él, una tercera lancha le ofreció socorro, pero el aldeano insistió en que la Providencia le salvaría.

No llegó ninguna otra lancha, y el aldeano murió ahogado. Llegó a su juicio en el Cielo, y compareció allí con una protesta: "Yo, confiando en la Providencia..., y la Providencia, nada, que deja que me ahogue".

"¿Cómo que nada? ¡Tres lanchas te hemos enviado!", se escuchó.

Hay personas que, como este pobre aldeano, esperan que la Providencia se manifieste de un modo extraordinario que ni ellos mismos saben bien en qué consiste. Sin embargo, lo normal es que la Providencia, y, por tanto, también la vocación, se manifiesten ante nosotros de modo cotidiano, a través de las situaciones corrientes de nuestra vida, por medio de las personas que tratamos de modo habitual.

Lo hemos visto ya en bastantes casos, y así sucedió también, por ejemplo, a Romano Guardini: "Un domingo fui a Misa a la iglesia de los dominicos de la Oldenburgerstrasse. Me encontraba en un estado crítico. Cuando vi al hermano lego encargado de la colecta pasar con el rostro tranquilo y sonriente, portando su cestilla tintineante, me dio mucha envidia y pensé de repente: ¿No podrías tú llegar a ser como él? Entonces tendrías su paz. Y luego me dije: ¡Podrías ser sacerdote! Y entonces fue como si todo adquiriese tranquilidad y claridad. Volví a casa con un sentimiento de felicidad que desde hacía mucho tiempo no había sentido."

Son bastante frecuentes los casos como este, en que la vocación se concreta ante una idea que aparece de modo repentino. Así lo explicaba también la Madre Angélica, la famosa religiosa norteamericana fundadora de la cadena de televisión EWTN, al narrar la historia de su vocación: "Mi vida cambió desde ese instante, un día de 1944, mientras meditaba en la iglesia de St. Anthony, en Ohio. Un pensamiento cruzó mi mente. Era un hecho sencillo, como si tuviera la completa certeza de que sería monja... ¿Qué? ¿Monja? ¡No lo podía creer! No me gustaban las monjas... Pero la convicción de que debería seguir esa vocación era muy fuerte."

-¿Pero no sería más lógico que Dios nos hiciera saber a cada uno nuestra vocación por vía de evidencia, ya que es un asunto tan importante para nuestra vida?

A los hombres no nos es fácil saber con profundidad cuáles son las razones de Dios. De todas formas, pienso que el misterio de la libertad exige dejar un cierto margen a la interpretación humana. La dignidad humana exige que la percepción de la vocación sea, en cierto modo, suficientemente oscura como para que la adhesión a ella sea libre y, al tiempo, bastante clara como para que dicha adhesión sea razonable. Hay suficiente luz para que vean los que desean ver, y suficiente oscuridad para los que tienen la disposición contraria.

Como ha explicado Fernando Ocáriz, el hecho de que Dios de ordinario no imponga una vocación específica por vía de evidencia, hace pensar que Dios quiere que la libertad de la persona intervenga no solo en la respuesta, sino también en la configuración de la vocación misma. Es decir, que dentro de la oscura luminosidad del misterio de la vocación, podemos entender que Dios llama también mediante la libre elección de la persona llamada.

Así sucede, por ejemplo, cuando una persona descubre su vocación viendo la vida de otros, y se encuentra con que se descubre a sí mismo proyectado en esas personas. Cuando piensa "yo quiero ser así", o "yo quiero ser como ese", o "mi referencia personal es ese tipo de vida", o "esto es lo mío", Dios está desvelándole su designio a través de ese buen ejemplo. Pero, al tiempo, la propia libertad de quien se siente llamado está participando en la configuración del camino que se marca a sí mismo para seguir ese designio divino.

-Veo entonces que hay una fuerte relación entre el discernimiento y el propio querer.

En efecto, y por eso recomienda también Fernando Ocáriz que cuando una persona se encuentra ante la incertidumbre de la posible existencia de una llamada específica de Dios, y no ve ningún dato objetivo en contrario, y comprueba que la Providencia le ha conducido de hecho a esa experiencia psicológica concreta, es importante entonces que, además de seguir pidiendo a Dios "luz para ver", pida también "fuerza para querer", de modo que, con esa fuerza que eleva la libertad en el tiempo, se configure la misma vocación eterna.

-Entonces, si el libre ejercicio de la libertad personal y el despliegue de la propia voluntad, desempeñan un papel relevante en el descubrimiento de la vocación, esto es bastante distinto a lo que tantas veces he escuchado sobre la actitud meramente pasiva que debe adoptar quien recibe la llamada de Dios. Pensaba que Dios transmitía su voluntad y el hombre debe limitarse a ejecutarla.

Dios, precisamente por el hecho de otorgarnos nuestra libertad y nuestra voluntad humanas, nos concede un protagonismo personal que no cuadra con esas visiones tan apriorísticas de la vocación. No puede preverse de antemano cuál va a ser la ruta de nuestra vida, porque está por medio nuestra libertad de elección, que participa, como hemos dicho, en la configuración de la vocación misma. La vocación no es la adhesión a un contrato cuyas cláusulas están todas ya fijadas y solo cabe poner la firma.

-¿Pero hay algún tipo de señal que permita identificar con un poco más de claridad la vocación?

No existe un "vocationómetro". Tradicionalmente, en la ascética clásica, se distinguen tres señales fundamentales, que, por otra parte, son las mismas que inclinan a una persona a escoger un trabajo determinado y no otro, o una carrera universitaria y no otra, una persona concreta con la que casarse y no otra. Son estas tres: tener condiciones, no tener impedimentos, y querer. Muchos, por ejemplo, pueden tener condiciones y no tener impedimentos para hacer una carrera o una tarea profesional, y lo que al final decide es el querer. Con la vocación pasa un poco lo mismo.

Y hay otra cosa. La seguridad en esa decisión también tiene mucho que ver con el querer, pues, al fin y al cabo, la seguridad no viene dada, sino que la da el querer. No nos viene hecha, sino que hay que hacerla.

-Una cosa es clara, y es que Dios no llama sin otorgar las cualidades necesarias, luego la carencia de condiciones o aptitudes indica que no se tiene esa vocación.

En efecto. Y, por el contrario, si se tienen esas condiciones y no hay impedimentos, la probabilidad de tener esa vocación específica es mayor. Por eso, el hecho de que una persona se esté planteando la posibilidad de ser llamada en determinado camino de entrega completa a Dios, indica que es bastante probable que ése sea su camino, pues son muy pocos los que llegan a plantearse seriamente tal posibilidad, y eso es una realidad que no debe minusvalorarse.

La percepción de la vocación depende sobre todo de la rectitud y la capacidad de escucha por parte de la persona. De cara a Dios, basta un motivo para decir que sí, una causa suficiente, con la fe y con la esperanza de que Dios no nos abandonará si damos ese paso.

-Es una síntesis bastante difícil entre libertad y determinación.

Lo es, sin duda. A eso se refería José Ortega y Gasset cuando decía que "la vida es quehacer, y la verdad de la vida, es decir, la vida auténtica de cada cual, consistirá en hacer lo que hay que hacer y evitar el hacer cualquier cosa. Para mí, un hombre vale en la medida que la serie de sus actos sea necesaria y no caprichosa. Pero en ello estriba la dificultad del acierto. Se nos suele presentar como necesario un repertorio de acciones que ya otros han ejecutado y nos llega aureolado por una u otra consagración. Esto nos incita a ser infieles con nuestro auténtico quehacer, que es siempre irreductible al de los demás. Tenemos que hallar, que descubrir la trayectoria necesaria de nuestra vida, que solo entonces será la verdaderamente nuestra y no de otro o de nadie".

-¿Crees entonces que cada uno debe emprender un camino nuevo, distinto de los que ya hay?

Lo más habitual será tomar un camino ya existente, pero cada uno debemos recorrerlo de forma personal, descubriendo lo que Dios espera concretamente de nosotros dentro de ese camino.

Pero la historia está llena de personas que abrieron caminos totalmente nuevos. Un ejemplo podría ser la vida de Kiko Argüello. Era uno de los prototipos contestatarios de los años sesenta en España. Procedía de una familia católica

acomodada. "Al ir a la universidad -contaría él mismo años después-, entré en crisis con mi familia y conmigo mismo, sobre todo por el ambiente en la Facultad de Bellas Artes de Madrid, que era entonces completamente ateo, marxista. Enseguida me di cuenta de que la formación que yo había recibido, tanto en la familia como en el colegio, no me servía para responder a los problemas que tenía de todo tipo: afectivos, psicológicos, de identidad. Me preguntaba: ¿quién soy yo?, ¿por qué existe la injusticia en el mundo?, ¿por qué las guerras? Me fui alejando de la Iglesia hasta dejarla totalmente. Había entrado en una profunda crisis buscando el sentido de mi vida. Dios permitió que yo hiciese una experiencia de ateísmo, o, si queréis, una kenosis, un profundo descenso al infierno de mi existencia, una existencia sin Dios."

Por entonces Kiko ganó un Premio Nacional de Pintura y se hizo un personaje conocido en su mundo. A pesar del éxito profesional, no era feliz. "Había muerto interiormente. Vivir cada día significaba todo un sufrimiento. Cada día lo mismo. ¿Para qué levantarme? ¿Quién soy yo? ¿Por qué vivimos? ¿Para qué ganar dinero? ¿Para qué casarse? Y así, todo ante mí carecía de sentido. Se abría un gran abismo dentro de mí. Escapaba de mí mismo. Ese abismo era una llamada profunda de Dios, que me estaba llamando desde el fondo de mí mismo."

"Me había dado cuenta de que en el fondo yo era un racionalista que me estaba destruyendo a mí mismo. Me di cuenta de que para negar que todo tiene un sentido, para negar que Dios existe, se necesitaba tanta fe como para creer que existe. Y yo había dado el paso de aceptar que Dios no existía. Sin embargo, con la intuición llegaba a reconocer que todo tenía un sentido, que existía Dios, y que Él sabía por qué existo yo. Pero no sabía cómo encontrarlo."

Un día, agobiado por esas arduas reflexiones, entró en su habitación y comenzó a gritar a ese Dios: "¡Si existes, ayúdame! ¡No sé quién eres, pero ayúdame!" "Y en aquel momento, Dios tuvo piedad de mí, pues tuve una experiencia profunda de encuentro con el Señor, que me sobrecogió."

"¿Qué era lo que me había pasado? Fue un toque, un testimonio profundo que me decía no solo que Dios existe, sino que Cristo es Dios (...). Yo sabía que hacerse cristiano tenía que ser algo muy serio. Así es como por fin hice Cursillos de Cristiandad, una iniciativa que surgió en España por aquellos años. Y me ayudó. Comencé una verdadera búsqueda del Señor."

Siguiendo las huellas del Padre Charles de Foucauld, en 1964 deja todo para vivir entre los más pobres, en las chabolas de la periferia de Madrid. "¿Pero qué hacía allí, y en esas condiciones? Dios me quería en las chabolas para empezar un camino de conversión para muchísima gente." En contacto con los pobres, el Señor le lleva a formar una comunidad que vive celebrando la Palabra de Dios y la Eucaristía. Conoce por entonces a Carmen Hernández y juntos comienzan un camino de iniciación cristiana a la fe y se va construyendo lo que después será el Camino Neocatecumenal. Hoy está extendido en más de cinco mil parroquias de un centenar de países del mundo, y ha supuesto una profunda renovación espiritual para cientos de miles de personas. También ha provocado un sorprendente impulso misionero que ha hecho que familias enteras se desplacen a aquellos lugares de la tierra donde es necesario evangelizar. Han surgido decenas de seminarios y numerosísimas vocaciones. Y todo empezó por la reflexión de una persona sobre el sentido de su vida."